

A esos mismos años corresponden las confidencias sentimentales del amigo, siempre fascinado por las mujeres hermosas y por entonces enamorado sin esperanza de Estela Canto. El «infortunio amoroso» de Borges le inspira a Mastronardi el siguiente comentario: «como si un tacaño destino compensara, con el artero despojo de las delicias terrenales que anhela, los muchos dones que le otorgaron las divinidades benignas». Sobre ese aspecto, registra: «(B.) Con inocencia triste y con decepcionado tono, le oímos decir: “los méritos no ayudan al amor, no contribuyen a que uno sea querido”». O: «Afirma que la discusión puede ser un estímulo sexual. Y ya más preciso y más atento a las personales vicisitudes, concluye: “Sólo quiero a las mujeres que me hacen sufrir”. Se diría que su vida sentimental es una carrera de obstáculos». Tal vez en relación con estos «infortunios», una anotación suelta: «Nos dicen que se sometió a las prescripciones de un psiquiatra. Nada sabemos a este respecto, pero cabe suponer que el tratamiento fue incompleto o desacertado».

Los comentarios de este tipo pertenecen al núcleo de las observaciones personales, en las que se insinúa la construcción de Borges como un «raro». Así, en una de las páginas iniciales se enumeran rasgos patológicos: «inestabilidad, irritabilidad, hiper-emotividad, narcisismo, mitomanía», encerrados en una llave sinóptica que advierte: «tiroides». Más adelante, se recorta esta sentencia melancólica: «Fue un adulto prematuro». En otra anotación se señala la fascinación de Borges por figuras revestidas de autoridad o de brillo social: «Cierta respeto por hombres destinados –real o potencialmente– a funciones majestuosas y arriesgadas: militares, ministros, navegantes. En las clases mundanas percibe, además de cierto aplomo confirmatorio de la felicidad, una evolucionada estética de la vida. Insinuó alguna vez: “Los títulos nobiliarios quedan bien en las mujeres”. Supone que el prestigio les depara luz dichosa. Hace más complejo su juego erótico y sus tácticas de agrado». En esta veta, el Borges de Mastronardi, con su aversión a los deportes y su torpeza corporal, hiperliterario y algo *snob*, roza la *antiphysis*. Una anotación de una cita de Fénelon parece resumir esta imagen: «*La rareté est un défaut et une pauvreté de la nature*». No se trata, sin embargo, de una construcción monolítica: abundan por otra parte las referencias a un Borges agudo, irreverente, pródigo en salidas mordaces. Es el Borges que transforma la vida literaria: «B. reacciona contra la solemnidad literaria, contra cierta concepción *religiosa* del arte. Todavía por 1925 se entraba en un círculo literario como en una cripta inaccesible al burgués. B. introduce en nuestros medios intelectuales la soltura expresiva, los naturales titubeos de la expresión oral y

un humorismo desenvuelto que siempre da en el blanco. Su sencillez formal es constante». A esta faceta pertenecen los comentarios irónicos de Borges sobre algunos escritores y especialmente sobre escritoras, a veces reconocibles, a las que casi siempre se denomina «poetisas».

* * *

De la sintonía de sus ideas literarias con las de Borges queda un testimonio irrefutable en los artículos críticos que Mastronardi escribió en *Sur*, en los que se perciben, además de los parentescos verbales, las coincidencias sobre los principales temas en debate acerca de la literatura nacional: cuestionamiento del realismo, del nacionalismo costumbrista o pintoresquista, de las efusiones de la inspiración; preferencia por la sobriedad expresiva; examen de las virtudes constructivas del policial y el fantástico. Quedan, también, algunas pruebas de reciprocidad por parte de Borges. La más conocida es la inclusión de «Carlos Mastronardi» como personaje de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius». Menos conocida pero más interesante es la reflexión sobre la sobriedad léxica y el pudor reticente con que se expresa el sentimiento en la poesía de Mastronardi. Borges, que para el elogio era más malicioso que su amigo, y, como es notorio, más mezquino, la formuló así:

Mastronardi ha dedicado quizá el más alto de sus poemas, *Luz de provincia*, a enaltecer *la querida, la tierna, la querida provincia*: estoy citando palabras tuyas. Palabras tuyas en las cuales están la expresión perfecta y al mismo tiempo la desesperación de no dar con la palabra que buscaba. Es como si él hubiera empezado poniendo: *la querida, la tierna*, y que luego se diera cuenta de que ninguna palabra podía expresar su amor por la provincia, y ha repetido: *la querida, la tierna, la querida provincia*².

Y sobre la particular ironía crítica de Mastronardi agregó: «Mastronardi se ha dedicado también a la crítica. Y ha inventado un nuevo modo de censura.[...] Es usar para la censura el vocabulario del elogio. [...] Decía, por ejemplo: “Fiel a la noble monotonía, Fulano ha escrito tal cosa”. Y luego todo el artículo, para quien lo ojeara, podía pasar por un elogio; y realmente era una crítica, una crítica muy severa». En estos juegos se reconoce uno de los procedimientos del repertorio de «Arte de injuriar»; el mismo que Mastronardi, a su vez, comentaba en

² *Ibíd.*

estas notas, cuando explicaba el sentido peyorativo del adjetivo en la fórmula borgiana aparentemente elogiosa «tenue novelista».

En esa zona en que se advierten las afinidades en materia de poética, los juicios y observaciones más pertinentes de estos papeles son aquellos que refieren a lo que de modo genérico podría llamarse el estilo de Borges. Mastronardi observa desde lo más detallado, como el uso de sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios, hasta alcanzar cuestiones de poética. Observa, por ejemplo, el uso de los sustantivos abstractos y lo pone en relación con el pensamiento filosófico y la estética de Borges:

Determina, personifica las abstracciones. Su credo filosófico, que tiende hacia el idealismo trascendental, anuncia y conforta dicho gusto abstractivo. Lo material desaparece para transformarse en puro estado del alma. Así, por ejemplo, nos dirá que viene de una amistad, y no de la calle Leones, donde tiene un compañero³. Su niña es el amor y su amigo la amistad. Por esa excepcional razón, la poesía de Borges nunca se ofrece a lo superficial y colorero. Antes bien, contrasta con las manifestaciones del pintoresquismo reinante. Estamos frente a un poeta que recaba una expresividad de substancias, no de apariencias.

El análisis resulta particularmente interesante cuando se ejerce sobre los adjetivos, si se conoce la impregnación de los usos de Borges en los de Mastronardi, que solía reiterar adjetivos como «venturoso» o podía escribir no sin ironía «el incalculable Borges». Entre las numerosas referencias dispersas, una variante le suscita el siguiente comentario: «“urgente Afrodita”. En un principio fue *ardiente*, alguna vez fue imperiosa, *exigente* o luego invasora o impaciente. Ahora es urgente en B. De la ignición pasamos a la premura». Y continuando con los ejemplos, analiza y explica las expresiones «tenue novelista», «autor calumniado», «inglesa innumerable». Al final de este párrafo, las explicaciones se proyectan hacia una interpretación de los efectos de condensación que promueve en la escritura de Borges su manera de adjetivar

«*La malvada serie*» (*Sur*, mayo de 1942). Un adjetivo siempre aplicado a lo personal y concreto, aquí es definitorio de una abstracción. Moraliza el álge-

³ Aquí cabe recordar que Mastronardi vivió dos años en esa calle, en casa de su abuela materna, donde sabía visitarlo Borges. En *Memorias de un provinciano cuenta que allí escribieron juntos «A un meridiano encontrao en una fiambarrera», réplica en lunfardo al artículo «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica» de Ernesto Giménez Caballero, que fue objeto de una ruidosa polémica en Martín Fierro.*